

El curador, intérprete del patrimonio

Víctor Fratto

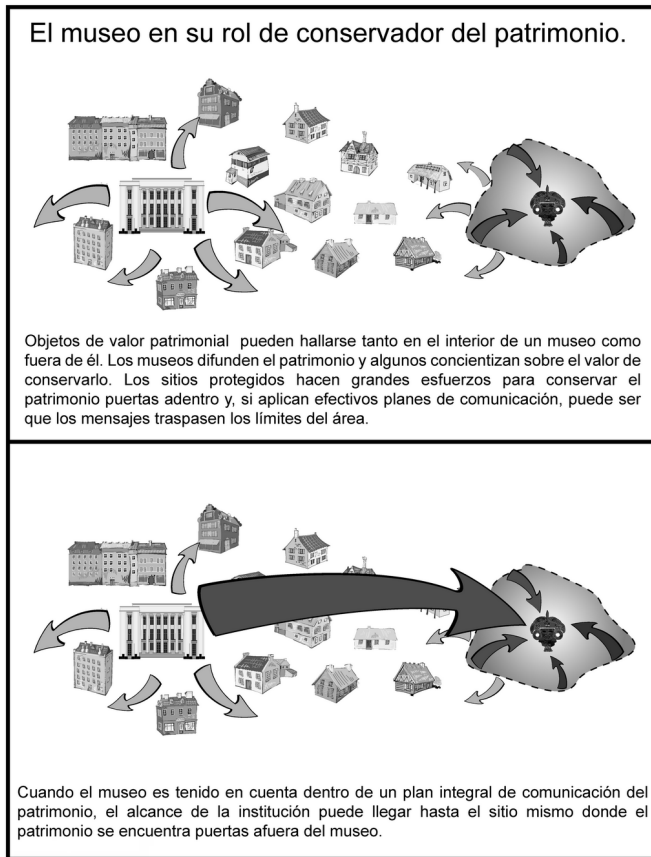
Argentina

El museo como entidad interesada en la conservación del patrimonio no sólo debe transmitir información sobre el mismo sino que también le corresponde provocar acciones concretas de parte de los visitantes hacia dicho patrimonio. Por ello es que los museos no solamente deberían brindar información sobre los objetos sino que tendrían que transmitir mensajes que despierten en la gente el deseo de querer conservarlos, tanto dentro como fuera del museo. Esto es especialmente importante cuando se trata de objetos de valor patrimonial que también pueden hallarse al aire libre en su lugar de origen o al resguardo de particulares que los conservan como un simple objeto decorativo. La infravaloración del patrimonio en términos identitarios y su progresivo deterioro son consecuencia de que éste no es lo suficientemente conocido por la población. Es muy probable

que si a un sujeto la visita al museo le genera un sentido de pertenencia hacia los objetos que allí se exponen, luego actué de un modo diferente al enfrentarse con elementos tangibles o intangibles de valor patrimonial en otros sitios.

Sabido es el riesgo permanente bajo el que se encuentra el patrimonio al aire libre, descubierto o por descubrir, el que es sometido a actividades de uso público o aquel de acceso restringido. Visto de este modo el papel que cumple el museo en la preservación del patrimonio trasciende las puertas de la institución para convertirse, a través de la comunicación, en una pieza clave de gestión y conservación. ¿Por qué entonces sitios de valor patrimonial y áreas protegidas muchas veces trabajan en forma aislada al museo, cuando todos cumplen una función en común que es la conservación? Porque cuando se realizan planes de comunica-

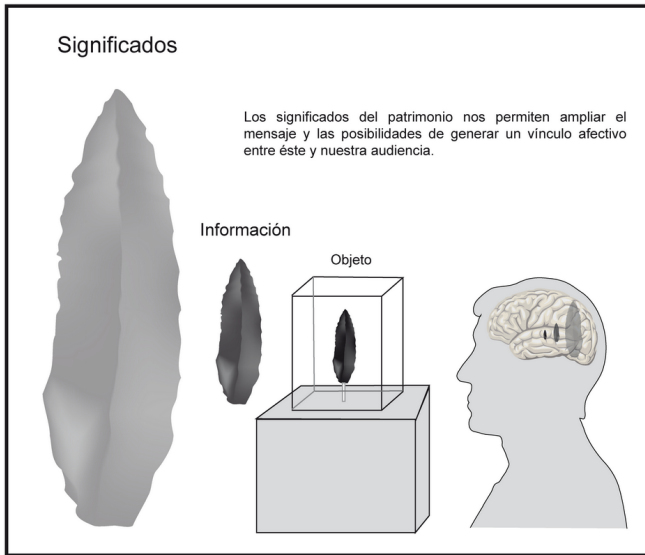
ción o, mejor aún, “planificación interpretativa” no se consideran todos los sitios cercanos en los que se entrega información, mensajes e interpretación acerca del patrimonio. Si se hiciera, los mensajes entregados a los visitantes serían mucho más productivos, ya que éste vería una complementación y no una reiteración de temas.



Las personas que visitan un museo pueden ser simples espectadores o participantes activos que aprecien y se apropien de los objetos, el secreto está en provocar que esto último suceda. Al visitante se lo provoca, siempre y cuando, puedan establecerse vínculos afectivos entre el “significado” del patrimonio y la personalidad y/o intereses de quien lo visita.

Para poder seguir en esta línea de pensamiento es necesario desarrollar el concepto del “significado del patrimonio”. Muchas veces nos enfrentamos a exhibiciones que brindan una correcta y detallada descripción de un objeto, sin embargo, nada cuentan de los significados que puede tener el objeto expuesto para una o varias personas. Veamos un ejemplo: una punta de lanza. Hay bastante información que podríamos dar sobre este elemento. Podemos decir que es de obsidiana, de color negro, prácticamente simétrica y con un gran filo en ambas caras. Hasta podríamos detallar la técnica con que fue manufacturada. Hasta aquí sólo hemos brindado información. Pero imaginemos que estamos observando esa punta de lanza y alguien nos pregunta: ¿Qué significa? Por nuestra mente comenzarían a transitar términos como “caza”, “antigüedad”, “técnica”, “enseñanza”, “dureza”, “hambre”, “lucha”, “guerra”. Estos últimos son “significados”. No los vemos, pero allí están. Incluso, partiendo de estos significados conseguiríamos ir más allá e imaginarnos a la persona que la fabricó. ¿En qué pensaba mientras la tallaba? ¿En aplicar las mismas técnicas que le había enseñado su padre? ¿Qué podría haber sentido? ¿Tenía hambre e iba a cazar? O ¿estaba nervioso por tener que luchar?

Los significados nos permiten trascender la mera información de un objeto. Y cuando atravesamos esta barrera estamos en condiciones de relacionar al objeto con quien lo está observando. Podemos hacer que el visitante se ponga en el lugar de ese hombre del pasado. Y así deja de ser una punta de lanza más, para convertirse en “mi punta de lanza”.



Planteado de este modo parece la situación ideal, pero, como es de esperarse, en la vida real las cosas son un poco más complicadas, porque el visitante no está solo, hay gente caminando por delante y por detrás, en la mayoría de los casos no tiene la obligación de estar allí, si algo lo aburre dirigirá su atención hacia otra cosa y las distracciones están a la orden del día. No obstante nuestra misión no varía. Necesitamos que nuestra audiencia se apropie del patrimonio que le estamos presentando. Por suerte desde hace más de cincuenta años existe una disciplina que fue creada específicamente para conservar el patrimonio a partir de la forma en que lo comunicamos: la Interpretación del Patrimonio (IP).

Esta disciplina se define como: el arte de revelar el significado del patrimonio al público que lo visita en su tiempo libre, con el objeto de fomentar actitudes favorables hacia el patrimonio de parte de los visitantes.

Si tomamos una buena exhibición y la *disseccionamos* exhaustivamente, encontraremos unas partes de diseño gráfico, algo de didác-

tica, unas pizcas de psicología cognitiva, algo de *marketing*, etcétera. Son todos aportes que usualmente utilizamos a la hora de poner en valor un objeto. Pero cada una de las disciplinas aportantes no fue creada en sí para conservar el patrimonio a través de su comunicación, en cambio la IP sí. Y de allí la importancia de que el curador esté familiarizado con la IP.

La interpretación del patrimonio se fundamenta en que las personas prestarán más atención al mensaje cuando éste se vincula con la personalidad, los intereses y los saberes previos de nuestra audiencia.

La información como tal no es interpretación. La IP es una forma de comunicación basada en la información, pero debe tratar además con significados, interrelaciones, implicaciones e interrogantes sobre ciertas cuestiones o materias. El arte también está presente, ya que la IP es un arte que combina muchas artes para explicar los temas presentados. Debe hacer uso de todos los sentidos para construir conceptos y conseguir reacciones en el individuo. Uno de los objetivos de la IP es la provocación; debe despertar la curiosidad, resaltando lo que en apariencia es insignificante. Y con respecto al destinatario, está dirigida al público general, pero debe tener en cuenta las características particulares de cada tipo de público: niños/adultos, intereses, niveles de profundidad, etcétera (adaptado de Marcelo Martín, 2007).



Sin interpretación.



Con interpretación.

¿POR QUÉ EL CURADOR?

La oportunidad de hacer interpretación (OI) está condicionada a la siguiente fórmula:

$$CV + CP + TA = OI$$

Donde CV es el conocimiento de los visitantes, CP es el conocimiento del patrimonio y TA son las técnicas apropiadas.

(CV) El curador, a menos que jamás haya salido de su oficina, conoce el público destinatario de la exhibición, ha leído estadísticas o al menos ha observado con sus propios ojos a los visitantes que recorren la exhibición. A partir de ahí, podrá establecer qué características deberían tener la exhibición y los mensajes entregados.

(CP) El curador conoce el patrimonio que ha de ponerse en valor (si él no lo conoce, ¿quién entonces?). El conocimiento sobre un elemento abre la posibilidad de reconocer ampliamente los distintos significados que puede tener. Volveremos más adelante sobre los significados, por ahora nos quedamos con la

premisa de *que sin conocimiento sobre el patrimonio no hay interpretación.*

(TA) Las técnicas de comunicación que utiliza la IP se aprenden, se investigan, se ponen a prueba y son el tercer elemento fundamental que nos condiciona para tener la oportunidad de hacer interpretación **(OI)**.

- Si el objetivo es mediar entre las personas y el patrimonio es necesario crear vínculos afectivos entre ellos.
- Si pretendemos crear vínculos afectivos debemos revelar los significados del patrimonio para que éstos puedan conectarse con la personalidad y los intereses de los visitantes.
- Para revelar significados es necesario conocer los objetos a exhibir, por lo tanto es necesaria la participación del curador.

Por todo lo antepuesto podemos afirmar que *el curador es el primer responsable en establecer lazos afectivos entre el patrimonio y los visitantes.* No por ser el más importante, sino porque en el camino que recorre una pieza hasta ser expuesta es el curador quien debe establecer los mensajes que se han de transmitir.

¿LOS SIGNIFICADOS SON IGUALES PARA TODOS?

Definitivamente no.

Los significados que puede despertar un objeto varían según lugar de procedencia, formación, intereses, edad y motivo por el que se está frente a ese elemento. Pensemos en una representación de Quetzalcóatl. Para un arqueólogo tendrá algunos significados que pueden ser coincidentes con los de un museólogo. Un na-

turalista tenderá a pensar en el ave quetzal. Un fotógrafo verá la posibilidad de tomar una buena imagen. Un turista tendrá sus propios significados. Para un niño puede parecerse a un dragón o un dinosaurio, mientras que un adolescente pensará: "Si hubiera prestado atención en la clase de historia sabría qué es esto". Incluso si a cada una de estas personas le pidiéramos que confeccionara una lista con aquellos pensamientos que le despierta estar frente a la representación de Quetzalcóatl notaríamos cuántos y cuántos diferentes son los significados. No obstante al cotejar los listados encontraremos algunos significados que se repiten. Éstos son los que denominamos *significados universales* y son aquellos que, además de otros, deberíamos tener en cuenta en nuestras exhibiciones abiertas a un público diverso. Algunos ejemplos de significados universales son: cultura, herencia, libertad, democracia, ancestros, supervivencia, familia.

¿EL CURADOR INTERPRETA O TRADUCE?

Antes de responder esta pregunta es oportuno aclarar que quienes tenemos la responsabilidad de comunicar el patrimonio no lo interpretamos, sino que facilitamos los medios para que el visitante lo interprete. Y es que la interpretación ocurre dentro de la cabeza de nuestra audiencia y no en el medio que utilizamos para comunicar. Lo que no significa necesariamente que cada persona interpreta lo que quiere, ya que en la forma como disponemos de los medios de comunicación estamos condicionando de algún modo lo que deseamos que sea interpretado. Ocurre que cada espectador relacionará lo que

presentamos de acuerdo con sus propias experiencias previas y su personalidad.

Ahora, colocar al curador en la función de mero traductor sería menospreciar su potencial como comunicador del patrimonio. Como hemos visto anteriormente, hay un fin superior más allá de mostrar un objeto, que es el de lograr su preservación.

¿Es correcto considerar al curador como un mediador?

El mediador es aquel que interviene entre ambas partes, que pueden estar en conflicto o no, con el fin de que lleguen a un acuerdo.

En el proceso que ocurre desde que una pieza ingresa a la colección del museo hasta que es exhibida intervienen distintas personas. En los momentos finales de este recorrido una figura que se destaca es la del museógrafo, quien observará la estética con que se presentan los objetos y los modos en que el público encontrará atractiva la exhibición. Todo este arte lo aplica sobre un guion museológico en el que pudo o no haber participado. Sin embargo, el curador sí debe participar en el guion, por su conocimiento de las partes entre las que tiene que crear una conexión a través de la aplicación de las técnicas apropiadas de interpretación. Por esta razón es adecuado considerar que el curador es un mediador.

Hoy en día el aprendizaje de la Interpretación del Patrimonio está muy difundido y al alcance de quienes deseen capacitarse. Está en cada uno la decisión de incorporar la IP a la comunicación del patrimonio y ver en un corto plazo los resultados de su aplicación.